

Academia de Buenas  Letras de Granada

DISCURSO
PRONUNCIADO POR EL
EXCMO. SR. D. LUIS ALBERTO DE CUENCA
EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA
Y
CONTESTACIÓN
DEL
ILMO. SR. DON JOSÉ GUTIÉRREZ
ACTO CELEBRADO EN EL PARANINFO
DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA
EL DÍA 15 DE OCTUBRE DE 2012

GRANADA
MMXII

Edita: © Academia de Buenas Letras de Granada
c/ Almona del Campillo, 2 - 3º
18009 Granada
www.academiadebuenasletrasdegranada.org
Imprime: La Gráfica S. C. And. - Granada
Depósito Legal: Gr-2.702/2012

DISCURSO
DEL
EXCMO. SR. D. LUIS ALBERTO DE CUENCA

Poesía y dolor



Excmo. Sr. Presidente
Excmos. e Ilmos. Sras. y Sres. Académicos
Señoras y señores, amigos todos:

ANTES de iniciar mi discurso, vaya por delante mi rendido agradecimiento a todos y cada uno de los miembros de esta benemérita Academia de Buenas Letras de Granada por haberme elegido como académico de la misma, lo que constituye para mí un auténtico honor.

Déjenme ahora que comience esta breve disertación sobre poesía y dolor con una fábula: imaginemos juntos que alguien (no sabemos quién, de la misma manera que tampoco conocemos el nombre real de quien compuso la *Ilíada* o los romances viejos), allá por los primeros pasos de nuestra especie, pensó que la palabra, recién conquistada por el flamante *homo sapiens sapiens*, tenía que ver con el dolor; y que ese alguien sin nombre inventó una secuencia fónica para la palabra ‘palabra’ que tenía mucho que ver con la secuencia fónica de la palabra ‘dolor’. Ignoro si ese cromañón anónimo se estaba dando cuenta, al establecer esa relación, del implacable laberinto en que la especie humana se estaba introduciendo en su viaje hacia el *logos*, de ese atroz laberinto sin puertas ni ventanas –que diría Cirlot– donde vivimos encerrados desde el preciso instante en que tuvimos la fortuna –o la desgracia– de adquirir la magia comunicativa del lenguaje articulado y, con ella, la capacidad de pensar, porque no hay pensamiento sin lenguaje. Rubén Darío (1867-1916), maestro de maestros, redujo tan espinoso tema a los trece versos de que consta el poema “Lo fatal”, de *Cantos de vida y esperanza* (1905), una de sus más bellas composiciones:

Dichoso el árbol que es apenas sensitivo,
y más la piedra dura, porque ésa ya no siente,
pues no hay mayor dolor que el dolor de ser vivo,
ni mayor pesadumbre que la vida consciente.

Ser, y no saber nada, y ser sin rumbo cierto,
y el temor de haber sido y un futuro terror...
Y el espanto seguro de estar mañana muerto,
y sufrir por la vida y por la sombra y por

lo que no conocemos y apenas sospechamos,
y la carne que tienta con sus frescos racimos,
y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos,
¡y no saber adónde vamos,
ni de dónde venimos...!

Fuera ya de la fábula, de lo que sí tenemos constancia fehaciente es de que una de las ramas humanas que fueron desgajándose del tronco originario, la indoeuropea, presenta en su *Ursprache* un evidente parentesco etimológico entre el término con que se nombra el ‘dolor’ y el término que se utiliza para ‘palabra’, si nos atenemos a los diferentes resultados fonéticos de ambas nociones en las distintas lenguas de la familia, que no reniegan nunca de su origen común. Esta antiquísima y estrechísima relación entre ‘dolor’ y ‘palabra’ me parece enormemente significativa y, al mismo tiempo, profundamente desestabilizadora. Me explico: si hemos fundamentado nuestro mundo sobre un itinerario que conduce desde el supuesto horror de la afasia a la presunta felicidad de la comunicación lingüística, el hecho de que en la propia raíz de la palabra ‘palabra’ habite la palabra ‘dolor’ nos pro-

voca, cuando menos, escalofríos. De modo que cuando uno, cuatro o cinco millones de años después de que se iniciara el larguísimo viaje hacia la inteligencia humana, se entera de que, desde que aprendimos a hablar, hemos asociado el dolor con el lenguaje, empieza a explicarse muchas cosas de su desastrosa existencia y piensa que, si no tuvimos claro desde el principio que convertirnos en reyes de la creación fuese a hacernos felices e indolores, acaso lo mejor y más prudente hubiera sido no iniciar ese viaje.

Paralelamente, el lenguaje en su expresión más alta –lo vamos a llamar *literatura* para entendernos mejor– se aleja de su prístina acepción de ‘dolor’ para sumergirse en las aguas de otras constelaciones semánticas más agradables como la del ‘placer’ o la del ‘consuelo’. Y me dejo ya de lucubraciones etimológicas para entrar de lleno en lo que ese lenguaje del placer y del consuelo, en lo que esa *literatura* que se identifica con *poesía* cuando es más honda y más radical su capacidad de apartarnos del tiempo del *logos* (que nos mata) y de conducirnos al Tiempo con mayúscula del *mythos* (que nos salva), en lo que esa *poesía*, digo, o la pequeñísima parte de esa *poesía* que habita en mi memoria ahora, tiene que ver con el dolor, sea éste físico o mental, o las dos cosas a la vez.

He buscado en las estanterías de mi biblioteca libros de poesía que incluyan la palabra ‘dolor’ en su título. Pueden ustedes imaginarse mi búsqueda como un proceso aleatorio y gozoso, no como un viacrucis con pretensiones de exhaustividad. Así, por ejemplo, me he topado con *El dolor*, de Giuseppe Ungaretti (1888-1970), que se publicó por primera vez en 1947, poco después de finalizada una guerra que tanto sufrimiento produjo en Italia y en el resto de Europa. De *Il dolore* existía en castellano una cuidada versión llevada a

cabo por el polifacético Vintila Horia (Madrid, Escelicer, 1958), pero la edición que ahora tengo en las manos es mucho más reciente y ha contado con Carlos Vitale como traductor y Antonio Colinas como prologuista (Montblanc [Tarragona], Igitur, 2000). En nota preliminar al libro, firmada por el propio Ungaretti, leemos el siguiente párrafo:

Se me ha hecho la observación de que, al haber perdido de una manera extremadamente brutal a un niño de nueve años [su hijo Antonietto, fallecido en Brasil en 1939], debo de saber que la muerte es la muerte. Fue la cosa más tremenda de mi vida. Sé qué significa la muerte, también antes lo sabía; pero entonces, desde aquel momento, cuando me fue arrancado lo mejor de mí, experimento la muerte en mí. *El dolor* es el libro que más amo, el libro que he escrito en los años horribles, con un nudo en la garganta. Hablar de él me parecería impúdico. Ese dolor nunca dejará de desgarrarme.

Convendrán ustedes conmigo en que lo peor que le puede pasar a un ser humano es perder a un hijo. Que muera un hijo antes que su progenitor anula el orden natural de las cosas, y se hace enojosamente manifiesta la supremacía del caos en todos los asuntos del universo. Volviendo a Ungaretti, su indeclinable dolor ante la anomia cósmica se refleja, sobre todo, en el poema en diecisiete partes “Día tras día” (“Giorno per giorno”), situado al comienzo de *Il dolore*. “Ahora podré besar sólo en sueños / sus confiadas manos [...] / ¡Cómo es posible que yo soporte tanta noche!”. Inmediatamente después, el poeta discurre sobre la atrocidad que supone afrontar el futuro sin su Antonietto al lado. Veán cómo suena, en el italiano original, la desolación del poeta:

Mi porteranno gli anni
 chissà quali altri orrori,
 ma ti sentivo accanto,
 m'avresti consolato...

Alegría y dolor, exaltación y melancolía, son los dos polos sobre los que gira la esfera de la creación literaria. El caso de Ungaretti sigue siendo ejemplar también en esto, si reparamos en que la primera parte de su *Vita d'un uomo* (que es como él mismo rotuló su obra completa) se titula *L'allegria*. Porque la vida –y su trasunto, la poesía– no es más, ni menos, que eso: ascensión y declive, arriba y abajo, paraíso e infierno, salud y enfermedad.

Reanudaré, si ustedes me lo permiten, mi excursión por las agobiadas estanterías de la biblioteca. Una excursión basada en la memoria, claro está, porque de otra manera resultaría imposible circular por el laberinto. Mi primer recuerdo fue para Italia, concretamente para Ungaretti, uno de sus grandes poetas. El segundo va para Centroeuropa, concretamente para el checo Vladimír Holan (1905-1980), el mayor de los poetas de un país que hasta hace poco se llamó Checoslovaquia y ahora se llama República Checa, parte medular e imprescindible del Imperio Austro-Húngaro hasta su disolución en 1918. Entre 1949 y 1954, Vladimír Holan escribió un libro titulado en checo *Bolest*, que equivale a *Dolor* en castellano. Lo tradujo en 1986 (Madrid, Hiperión) a la lengua de Cervantes la poetisa Clara Janés, que trató personalmente a Holan y que se impuso la tarea de dar a conocer su poesía en nuestros pagos.

Dolor, de Holan, deja en el lector atento la sensación de obligatoriedad que debe transmitir la poesía auténtica. Hay

un poema, titulado “Ubi nullus ordo, sed perpetuus horror” (una secuencia fónica susceptible de repartirse en dos versos, *ubi nullus ordo y perpetuus horror*, que por su contenido y cadencia bien podrían hacer las delicias de un goliardo filosofoante o de un *clericus vagans* con pretensiones metafísicas), que no me resisto a transcribir:

Terrible es vivir puesto que hay que *quedarse*
 en la aterradora realidad de estos años.
 Sólo el suicida piensa que puede salir por puertas
 que en la pared tan sólo están pintadas.
 No hay la señal más tenue de que vaya a llegar el Paráclito.

Sangra en mí el corazón de la poesía.

No sé por qué Holan habrá subrayado la palabra “quedarse”, pero no me cabe la menor duda de que la “aterradora realidad de estos años” no es otra que la que destruyó las esperanzas de los países que cayeron dentro del área de influencia soviética después de Yalta, sumiendo a las poblaciones de media Europa en una época de terror y de oscuridad comparable tan sólo a la vivida por esos mismos pueblos en el Medievo, cuando las hordas mongolas invadían periódicamente nuestro continente, arrasando todo a su paso. ‘Paráclito’ significa ‘Consolador’, y es adjetivo que se aplica al Espíritu Santo. Largos años habrían de transcurrir hasta que el Paráclito de la libertad y de la democracia llegase a la vieja Bohemia de verdad y para siempre (porque, en 1968, el sueño de la “primavera de Praga” se convirtió muy pronto en pesadilla).

Hablando de dolor, me acuerdo ahora de las *Doloras* de nuestro don Ramón de Campoamor (1817-1901). Se publi-

caron por primera vez en 1845, cuando su autor no había cumplido aún los treinta años. En mi biblioteca se guarda una tercera edición, con prólogo de Ricardo de Federico (Madrid, Mellado, 1861). Al *corpus* de las *Doloras* suelen incorporarse unos *Cantares* que son tan sabrosos o más que sus compañeras. Como su nombre indica, las *doloras* de Campoamor tienen que ver con el dolor (espiritual) y, muchísimas veces, con el amor. Don Ramón, que era un escéptico, enfocó siempre el hecho amoroso desde una perspectiva hipercrítica. Pese a que aún faltaban muchos años para que Denis de Rougemont (1906-1985) publicase *El amor y Occidente* (1939), Campoamor descubrió que el amor no es una fuerza innata que habita en el corazón y en la mente de todos los seres humanos, sino un invento de los líricos griegos con una formidable proyección posterior, y profundamente decepcionado con tal descubrimiento, que se sumaba al ya padecido en torno a la ecuación entre los Reyes Magos y los padres, decidió comentar su desengaño con la gente de entonces, que no hacía otra cosa que leer sus *doloras* en los periódicos.

En la *dolora* XII de la colección de 1861, rotulada “Vivir es dudar” y dedicada nada más y nada menos que “a la señorita doña Gertrudis Gómez de Avellaneda”, Campoamor olvida por un instante sus consejas escépticas y nos lega algunas estrofas dignas de figurar en el más acrisolado florilegio de poesía melancólica. Veámoslas:

Lloramos la partida
de esta que vuela inconsolable vida,
y es en la humana suerte
la vida el pensamiento de la muerte.

Nuestros pérfidos cantos
 preludios son de venideros llantos;
 que es del dolor la puerta
 la que el gozo al pasar nos deja abierta.

El mayor bien gozado
 jamás es grande hasta que ya es pasado,
 pues sólo en la memoria
 es grande al parecer la humana gloria.

La *dolora* XX, “Sufrir es vivir”, identifica amor con dolor de modo irrefutable: primero, el poeta pide a Dios que lo rescate del doloroso amor que lo está matando, pero luego, una vez constatado que su vida y sus penas son una misma cosa, suplica a su Hacedor que no lo libere de su pasión, pues vivir sin amor es estar muerto.

Entre los *cantares*, me gustaría referirme a tres, incluidos por Campoamor bajo el marbete *filosófico-morales*:

Tengo un consuelo fatal
 en medio de mi dolor,
 y es que, hallándome tan mal,
 nunca podré estar peor. (29)

Con permiso del Eterno,
 dudo cuál será mayor,
 si aquel dolor del infierno,
 o este infierno de dolor. (32)

Dame la vida, ¡oh, dolor!,
 compañero eterno mío,

pues si no fuera tu amor,
ya hubiera muerto de hastío. (38)

Tras este interludio campoamoresco, vendría bien, antes de recurrir a la producción propia, una inmersión en el universo de los señores que se inventaron el amor, o sea, de los griegos, que o mucho me equivoco o van a acabar siendo también los inventores del dolor en la poesía, o, por lo menos, sus cantores más obsesivos.

En la tragedia *Filoctetes*, por ejemplo, del ateniense Sófocles (c. 496 - 406/5 a. C.), el protagonista, mordido en un pie por una serpiente, es desterrado desde Troya a la desierta isla de Lemnos por los caudillos de los aqueos, Agamenón y Menelao, que no soportan el hedor que desprende, al supurar, la herida, y no aguantan los espantosos alaridos de dolor (un dolor físico esta vez, y bien físico) que la úlcera arranca al que la sufre. Pero resulta que los oráculos dicen que es Filoctetes quien, con sus dardos, ha de rendir la ciudad de Príamo, de modo que se impone enviar a Ulises a Lemnos (¡precisamente a Ulises, que fue quien con viles engaños depositó en la isla a Filoctetes!) para lograr que el héroe abandonado, que sigue padeciendo lo indecible con su herida, regrese a Troya, posibilitando la conquista de la ciudad. La empresa no es fácil, pero Ulises, a quien Filoctetes aborrece con toda su alma, recurre a los servicios del joven e inocente Neoptólemo, hijo del difunto Aquiles, y acaba engañando al arquero y conduciéndolo de vuelta a Troya.

Puedo asegurarles que en *Filoctetes* es el dolor, físico y espiritual, padecido por un hombre el auténtico protagonista de la tragedia. Constatémoslo en algunos pasajes, sirviéndonos para ello de la benemérita y añeja traducción española

del P. Ignacio Errandonea. La primera cita elegida corresponde a un parlamento del Coro, que se compadece del héroe desterrado:

¡Le tengo compasión, pues sin mortal alguno que lo cuide, sin ver jamás rostro amigo, siempre solo, el desgraciado, está enfermo de salvaje enfermedad, y vive vagueando por ahí para todo lo que va necesitando! ¿Cómo puede, cómo puede el infortunado resistir?

Más adelante, es Filoctetes quien le dice a Neoptólemo:

Y mirando en derredor no hallaba provisión de nada, si no es de desesperación; de ella, sí, hijo, abundante repuesto.

A continuación, merece la pena recordar la siguiente reflexión sobre la guerra. Es de Neoptólemo:

La guerra, de suyo, no mata a ningún malvado, sino siempre y sólo a los buenos.

De nuevo, el Coro reflexiona sobre la pavorosa situación en que se ha encontrado y se encuentra Filoctetes:

Donde él mismo era su solo vecino, impotente para moverse, sin hombre alguno aliviador de sus males, que diese en su alma eco a los tristes lamentos que la sangrienta herida devoradora de sus carnes le arranca. Nadie que con hojas calmantes, recogidas en la benéfica tierra, aplacase, al venir el acceso, el encendido flujo de sangre que hierve en la herida del envenenado pie. Él mismo se arrastraba por acá y por allá, tambaleándose cual

niño apartado de su tierna nodriza, adonde asomara un alivio a sus males, en cuanto amenguaba la roedora tortura.

Entre los versos 732 y 803 de la tragedia figura el acceso de dolor físico más famoso de la literatura clásica. Sófocles agota el repertorio de ayes interjectivos de la lengua griega. Veamos algunas muestras, traducidas al español:

¡Ah, ah, ah, ah!... ¡Atatay! Ya entra, ya entra. ¡Ay, desventurado de mí! Estoy perdido. Ya está royendo, hijo: ¡Papay, apappapay, papappa, pappa, pappapay! Por los dioses, coge, si tienes ahí a mano, una espada y descárgala sobre este pie, córtamelo de una vez, no respetes mi vida... ¡Pap-papap-papay!... Ya empieza a gotear hirviendo la corrompida sangre del fondo de la herida, y alguna cosa peor viene. ¡Papay, cielos! ¡Papay otra vez! Oh, pie, ¿qué mal me vas a traer? Ya avanza, ya se mete; aquí está: ¡ay, ay de mí!... ¡Ay de mí, ay! Muerte, muerte, ¡tanto llamarte un día y otro día, y que no hayas de poder venir nunca!

Un último lamento, en metros líricos, de Filoctetes, ya desprovisto de su arco por la astucia despiadada de Ulises a través de Neoptólemo:

¡Oh, cueva, y horadada peña, helada y ardiente! ¡Así era como no había de abandonarte jamás, sino ofrendarte, desdichado, el espectáculo de mi muerte! ¡Ay de mí, ay de mí! ¡Oh, triste morada, llena de los acentos de mi dolor! ¡Cuál será ya mi vivir día tras día! ¿Dónde, de dónde, miserable, sacaré yo esperanza alguna de sustento? Aquí las mismas aves temblorosas de los cielos, rasgando con estruendo el aire, se lanzarán a devorarme. Ya no puedo cazarlas.

Pocas veces, insisto, el dolor físico por sí solo, y el dolor físico unido al dolor psicológico y mental, ha cobrado en las letras universales tanto protagonismo como en el *Filoctetes* sofocleo. Llegamos a sentir en nuestras carnes el dolor que la herida supurante le produce al protagonista. Y sufrimos con él las arbitrariedades e injusticias de que fue objeto en el pasado por parte de Agamenón y Menelao, y los engaños a que Ulises lo somete, abandonándolo primero en la desierta Lemnos y sacándolo luego, siempre dolosamente, de la isla para que se cumpla el oráculo. Ésa es la magia de la literatura: brindarnos la posibilidad de habitar otras vidas que no son las nuestras y que enriquecen nuestro acervo espiritual y amplían nuestras perspectivas. Las letras clásicas son especialmente útiles en esta dirección de aprendizaje y perfeccionamiento. Los autores clásicos, y entiendo el adjetivo en su sentido más generoso, nos enseñan a vivir y nos enseñan a morir, que al fin y al cabo son las dos cosas que hemos venido a hacer a este mundo.

Si seguimos buscando en la memoria (y en su almacén: la biblioteca), podremos encontrarnos con el otro extremo: el dolor temperado, la serena melancolía. Recuérdese, por ejemplo, el soneto XXXV del *Canzoniere* de Francesco Petrarca (1304-1374), donde se recoge muy bien el sentimiento, matizado y enriquecido por el amor, a que acabo de referirme. Pertenece a las llamadas *Rime in vita di Madonna Laura*. Voy a leerles dicho soneto en la versión española del poeta Ángel Crespo (Barcelona, Bruguera, 1983), no sin antes recordarles los dos primeros versos del original italiano, que son intraducibles y hermosísimos: “Solo e pensoso, i piú deserti campi / vo mesurando a passi tardi et lenti.” La traducción de Crespo reza así:

Voy midiendo –abstraído, el paso tardo–,
 los campos más desiertos, lentamente;
 por si he de huir, mi vista es diligente;
 que ante una huella humana me acobardo.

No sé hallar más defensa ni resguardo
 del claro darse cuenta de la gente,
 porque en el comportarme tristemente
 desde fuera se ve que por dentro ardo:

tanto, que creo ya que monte y río,
 ribera y selva saben el talante
 de mi vida, pues no hay otro testigo.

Mas camino tan áspero y bravío
 no hallo en que Amor no sea mi acompañante:
 yo con él razonando, y él conmigo.

Ya en la recta final de mi discurso (después de leer a Petrarca, uno acaba escribiendo en endecasílabos), he pensado volver hasta el principio (otro endecasílabo). Comencé apoyándome en “Lo fatal”, de Rubén Darío. Voy a remitirme ahora a mis propios versos, que a la postre son los que menos desconozco, para ver cómo andan de dolor, si es posible físico y, si no, del otro, que es el que más abunda en literatura.

Como esperaba, el dolor que se respira en mis poemas tiene que ver, como en Campoamor y en Petrarca, con el amor. Y es que no abundan los poetas que convierten el dolor físico que los aqueja (una migraña, un dolor de muelas) en una plataforma de despegue para la redacción de un poema. Incluso estando enfermos –de una enfermedad pasajera o de

algo más serio y dañino–, los poetas no refieren sus versos, por lo general, al hecho mismo de su enfermedad, sino a sus posibles derivaciones (me refiero a la muerte, claro), y desde el lecho del dolor siguen poetizando sobre los temas de siempre, que son en los que ustedes y yo estamos pensando ahora mismo. Pero el dolor que alienta (o, mejor dicho, desalienta) en mis versos tiene que ver también, lógicamente, con esa derivación última de la enfermedad a que he aludido hace un instante, o sea, con la muerte, tantas veces citada en el curso de esta charla. Cuando he hablado de Ungaretti y de la lamentable pérdida de su hijo, he abierto un filón argumental que nos concierne a todos los que emborronamos cuartillas. ¿Qué poeta no ha escrito algún poema lamentando la muerte de un ser querido? El dolor de Jorge Manrique ante la muerte de su padre se trasladó a unas maravillosas coplas que pasan por ser –y para mí lo son– el poema más bello de la literatura española.

Yo no podía ser una excepción a esa regla. Cuando murió mi primera novia en accidente de automóvil, allá por 1970, acusé el golpe, como es natural, en mis versos. En “*Here, in the dark, with you*”, por ejemplo, un poema perteneciente a mi libro *Elsinore* (1972); lleva una cita de los *Trenos* (3:55) de Jeremías que reza así en la *Vulgata: Inuocauit nomen tuum, Domine, de lacu nouissimo*. Escuchemos algunos versículos (pues son versículos, al estilo bíblico) de ese dolorido poema:

Estoy lleno de la cólera de Dios, y mi alma es una gigantesca tormenta sin nombre.

[...]

Rosa mía, qué sufrimiento húmedo tu muerte.

Como banderas o espadas sometidas por la sombra, así, en lo oscuro, junto a ti, sin ti, el incienso perenne de mi dolor y sus encanecidas guirnaldas.

Desde lo profundo de la fosa he invocado tu nombre, Señor, el silencio cruel de tu respuesta.

En “Tus ojos”, de *Scholia* (1978), regresé al mismo tema:

Y tus ojos,
 tus pétalos de luz,
 aquellos ojos que resumían el estío,
 vasijas de pureza,
 agonizan de sombra en su prisión de nieve
 y de silencio.
 El mundo es una catedral helada.

Lo mismo que en “El fantasma”, de *Necrofilia* (1983):

Cómeme y, con mi cuerpo en tu boca,
 hazte mucho más grande
 o infinitamente más pequeña.
 Envuélveme en tu pecho.
 Bésame.
 Pero nunca me digas la verdad.
 Nunca me digas: “Estoy muerta.
 No abrazas más que un sueño.”

Del amor al dolor no hay más que un paso. Y el ser amado no tiene ni siquiera que morir para que el daño del amor aparezca. Veámoslo en “Conversación”, de *La caja de plata*

(1985), un poema en el que la tortura psicológica del amor no correspondido llega a transformarse en toda una extraña y pintoresca sintomatología de sufrimiento físico:

Cada vez que te hablo, otras palabras
 escapan de mi boca, otras palabras.
 No son mías. Proceden de otro sitio.
 Me muerden en la lengua. Me hacen daño.
 Tienen, como las lanzas de los héroes,
 doble filo, y los labios se me rompen
 a su contacto, y cada vez que surgen
 de dentro –o de muy lejos, o de nunca–,
 me fluye de la boca un hilo tibio
 de sangre que resbala por mi cuerpo.
 Cada vez que te hablo, otras palabras
 hablan por mí, como si ya no hubiese
 nada mío en el mundo, nada mío
 en el agotamiento interminable
 de amarte y de sentirme desamado.

En un poema de título ovidiano, “*Remedia amoris*”, de *El hacha y la rosa* (1993), la desesperación por un reencuentro improcedente conduce al yo ficcionalizado del poeta a la bebida, y el malestar físico que le ocasiona la ingestión excesiva de alcohol le hace olvidar los males amorosos:

Fue una idea malísima lo de volver a vernos.
 No hicimos otra cosa que intercambiar insultos
 y reprocharnos viejas y sórdidas historias.
 Luego te fuiste, dando un sonoro portazo,

y yo me quedé solo, tan furioso y tan solo
 que no supe qué hacer salvo desesperarme.
 Bebí entonces. Bebí como los escritores
 malditos de hace un siglo, como los marineros,
 y borracho vagué por la casa desierta,
 cansado de vivir, buscándote en la sombra
 para echarte la culpa por haberte marchado.
 Primero una botella, luego dos, y de pronto
 me puse tan enfermo que conseguí olvidarte.

“Advertencia al lector”, de *Por fuertes y fronteras* (1996),
 pretende ser una poética, y a fe que en los estatutos de esa
 poética el dolor y la poesía caminan juntos y hasta yo diría
 que cogiditos de la mano:

Oyendo a Dinah Washington –son las diez de la noche
 de un veintitrés de octubre–, se me ocurre decirle
 al presunto lector de mi “literatura”
 que procure evitarla como se evita a un huésped
 molesto –un erudito, una rata en el baño–,
 y que si, por alguna razón que se me escapa,
 quiere seguir leyendo, que entienda lo que lee
 como lo que es: un grito (o un susurro) de angustia
 y soledad.

A *Por fuertes y fronteras* pertenece asimismo el poema
 “De tanto amarte y tanto no quererte”, que cito a continua-
 ción. En él, el dolor amoroso es tan visible que ha llenado de
 virus algícos la pantalla del ordenador donde escribo. Dice
 así:

De tanto amarte y tanto no quererte
 te has cansado de mí y de mis locuras
 y le has prendido fuego a nuestra historia.
 Tu ropa no perfuma ya la casa.
 No queda una palabra de cariño
 suspendida en el aire, ni una hebra
 de azabache en la almohada. Sólo flores
 secas entre las páginas del libro
 de nuestro amor, y cálices de angustia,
 y un delirio de sombras en la calle.

Otra desaparición importante en mi vida fue la de mi madre, que cruzó el espejo en mayo de 1995. El poema “Navidades de 1995”, también de *Por fuertes y fronteras*, conmemora esa ausencia:

Tiempo de Navidad, tiempo de angustia.
 Abro al azar la Biblia y lo primero
 que me viene a los ojos es la historia
 de una tarde, camino de Emaús
 (una tarde que nunca viviré).
 Paso luego a *Proverbios*, al capítulo
 que habla de la Mujer como la Virgen,
 la Iglesia, el alma humana, todo eso
 que nunca entenderé. Cierro la Biblia.
 Tú te has ido de viaje, y me pregunto
 si te has llevado a Dios en tus maletas,
 porque este año no ha nacido nadie
 en el pesebre. Nadie. Y en la foto
 que tengo tuya, de cuando eras joven,
 la goma de mis lágrimas
 va borrando tu cara.

De *Sin miedo ni esperanza* (2002) es, y voy terminando, “Me quema la tristeza”, un poema que refleja un momento poco feliz:

Me quema la tristeza, esa tristeza
 que es el emblema del linaje humano
 y que hoy anda apagando cigarrillos
 en mi alma. La cosa está que arde,
 y yo vivo las llamas desde dentro
 del ataúd, de modo que el perfume
 a ruina chamuscada va impregnando
 la atmósfera, y la tarde se desploma
 como un lienzo de muro de un convento
 quemado por la plebe, como Dresde
 bajo las bombas de los aliados.
 Y, por si fuera poco, Amor me mata
 con su inconstancia y con su desvarío.

Y el último poema que deseo evocar, “El castillo imposible”, también perteneciente a *Sin miedo ni esperanza*, aspira a que en el muro del dolor, que se ha alzado sobre todos nosotros a lo largo de este discurso, se abran algunas grietas de esperanza:

Hundidos en la ciénaga del mundo,
 rotos de soledad y desengaño,
 vencidos por el odio de los vivos
 y por la incomprensión de los difuntos,
 seguimos avanzando.
 A golpe de dolor, Gólgota arriba,
 con la cruz de la angustia a las espaldas

y el pecho devorado por el buitre
de una lenta y cruel melancolía,
seguimos avanzando.
A lo lejos se yergue la silueta
del castillo imposible, tachonado de estrellas.
Hacia él nos dirigimos.
No sé cuándo ni cómo llegaremos
a sus torres tejidas con las hebras del sueño.
Sólo sé que seguimos avanzando.

Nuestros antepasados ligaron etimológicamente la palabra 'dolor' con la palabra 'palabra', pero no con la palabra 'silencio'. Al consuelo de mi silencio encomiendo sus mentes a partir de este instante. Muchas gracias por su atención.

LUIS ALBERTO DE CUENCA

Luis Alberto de Cuenca y Prado nació en Madrid el 29 de diciembre de 1950. Tiene dos hijos: Álvaro (1976) e Inés (1989), y dos nietas: Genoveva (2009) y María (2012). Está casado con Alicia Mariño, abogada y profesora titular de Filología Francesa en la UNED. Se licenció (1973) y se doctoró (1976) en Filología Clásica por la Universidad Autónoma de Madrid con sendos Premios Extraordinarios. Es Profesor de Investigación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC). Ha sido Director del Instituto de Filología del CSIC (1992-1993), Director del Departamento de Publicaciones del CSIC (1995-1996), Director General de la Biblioteca Nacional (1996-2000) y Secretario de Estado de Cultura (2000-2004). La Comunidad de Madrid le concedió en 2007 el Premio de Cultura (Literatura) correspondiente a esa anualidad. Desde octubre de 2010 es académico de número de la Real Academia de la Historia.

Como poeta, ha publicado, entre otros muchos libros, *Elsinore* (1972), *Scholia* (1978), *Necrofilia* (1983), *La caja de plata* (1985, Premio de la Crítica 1986; edición crítica, a cargo de Javier Letrán, 2002), *El otro sueño* (1987), *El hacha y la rosa* (1993), *Por fuertes y fronteras* (1996), *Los mundos y los días. Poesía 1972-1998* (1999; 4ª ed., *Poesía 1970-2005*, 2012), *Sin miedo ni esperanza* (2002), *La vida en llamas* (2006) y *El reino blanco* (2010).

Entre sus libros no poéticos figuran: *Floresta española de varia caballería* (1975), *Necesidad del mito* (1976 y 2008), *El héroe y sus máscaras* (1991), *Etcétera* (1993), *Las cien mejores poesías de la lengua castellana* (1998), *Señales de humo* (1999), *Baldosas amarillas* (2001), *De Gilgamesh a Francisco Nieva* (2005), *Filología y vida* (2010), *Nombres propios* (2011), *Libros contra el aburrimiento* (2011) y *Palabras con alas* (2012).

Ha traducido a Homero, Eurípides, Calímaco, Argentario, Luciano, Filóstrato el Viejo, Filóstrato el Joven y Calístrato, María de Francia, Chrétien de Troyes, Guillermo de Aquitania, Jaufré Rudel, Geoffrey de Monmouth, Ramón Llull, el anónimo *Cantar de Valtario* (1987, Premio Nacional de Traducción 1989), Jacques Perrault, Antoine Galland, Jacques Cazotte, Villiers de l'Isle-Adam, Charles Nodier, Gérard de Nerval, Marcel Schwob, Horace Walpole, John Keats, Lord Tennyson, Jacob y Wilhelm Grimm, Wilhelm Hauff, etc.

Ha editado a Eurípides, la *Galería fúnebre de espectros y sombras ensangrentadas* de Agustín Pérez Zaragoza, a Boscán, a Gabriel Bocángel, un texto inédito de Jardiel Poncela, a Rubén Darío, una antología poética de Calderón, sendas antologías dedicadas a poetas españoles de los 80 y de los 90 (Mercamadrid), etc.

Ha adaptado para la escena *La Gran Sultana* de Cervantes, y traducido y adaptado, asimismo, para la escena (en colaboración con Alicia Mariño), *El tiempo y los Conway* de J. B. Priestley.

Es director de la *Biblioteca de Literatura Universal* (Fundación BLU) y de la colección *Literatura Breve* (CSIC) y pertenece al Consejo Editorial y al Consejo Asesor de diferentes colecciones y revistas, como *Nueva Roma* (CSIC), *Arbor* (CSIC), *Emerita* (CSIC), *Revista de Literatura* (CSIC), *Ínsula* (Espasa Calpe), *Studi Ispanici* (Universidad de Pisa), *Trans* (Revista de Traductología, Universidad de Málaga), *Exemplaria* (Revista de Literatura Comparada, Universidad de Huelva), *Exemplaria Classica* (Journal of Classical Philology, Universidad de Huelva), etc.

Es, asimismo, autor de numerosos trabajos de investigación, crítica y divulgación publicados en revistas de filología, de literatura, de historia y generalistas (como *Emerita*, *Estudios Clásicos*, *Nueva Revista*, *Cuadernos Hispanoamericanos*, *Ínsula*, *Historia 16*, etc.) y colaborador asiduo del diario *ABC* como columnista y como crítico desde hace más de treinta años.

CONTESTACIÓN
DEL
ILMO. SR. D. JOSÉ GUTIÉRREZ



Excmo. Sr. Presidente
 Excmos. e Ilmos. Sras. y Sres. Académicos
 Señoras y señores, amigos todos:

CON el ingreso de Luis Alberto de Cuenca en la Academia de Buenas Letras de Granada, nuestra institución da un importante paso en su afán de incorporar a algunos de los más destacados creadores literarios, investigadores y estudiosos de la literatura. En nuestro nuevo académico se da esa rara conjunción que sólo han alcanzado contados autores de las letras españolas contemporáneas. Y es que en su poliédrica personalidad literaria confluyen el poeta de voz inconfundible, el brillante ensayista, el traductor exigente, el experto filólogo, el entusiasta cinéfilo, además del consumado conocedor de otras disciplinas y aficiones, entre las que podemos destacar su pasión por la historia, el amor al tebeo o su indeclinable vocación bibliófila, rasgos todos ellos que, armoniosamente concertados, configuran a este humanista de nuestro tiempo que hoy nos ha deleitado con la lectura de un impecable y ajustado discurso sobre un tema tan inabarcable como sugestivo: “Poesía y dolor”. Luis Alberto lo aborda a partir de una fascinante constatación: el parecido etimológico que en una de las ramas de la primitiva etnia indoeuropea tuvieron dos términos capitales del lenguaje: *palabra* y *dolor*. Sobre esa sorprendente revelación y desde la certidumbre de que la sensibilidad poética está asociada al sufrimiento, como supo muy bien Leopardi, elabora el andamiaje de su recorrido por autores y textos en los que late la punzada insoslayable del dolor, ya sea físico o mental. Nuestro académico nos propone un viaje lírico a través de los raíles paralelos de los versos y el dolor, un viaje sustentado en esa crucial paradoja que encierra la literatura verdadera: si el *logos* puede fulminarnos, el mito (el poema en este caso)

nos brindará siempre el necesario alivio. La frontera entre el placer y el dolor la constituye muchas veces una cortina sutil, y la diferencia la establece la propia construcción verbal que los expresa: “En el principio fue el *dolor*”, cabría afirmar sin aparentemente traicionar (aunque sepamos que sí) el espíritu de la letra del “Prólogo” del Evangelio de San Juan.

En el *Bhagavad Guita*, texto sagrado del hinduismo, se afirma que la vida es el lugar del dolor. Recientemente, una de nuestras más excelsas novelistas, Ana María Matute, ha asegurado que el escritor, para hablar del ser humano, tiene que conocer lo que es el dolor, saber lo que son las lágrimas. Los versos de Rubén Darío, de Ungaretti, de Vladimír Holan, de Campoamor, de Petrarca o las lamentaciones que encierra el *Filoctetes* de Sófocles le sirven a Luis Alberto de Cuenca para surcar los caminos de un dolor que podríamos llamar universal y que luego lo conducirán a otro pesar más íntimo, el que mejor conoce y que se expresa en sus propios poemas. Después de acercarnos los ejemplos de autores clásicos y modernos que lo han precedido en el aprendizaje del sufrimiento, Luis Alberto se enfrenta a su personal espejo del dolor, y lo hace dejando antes constancia del que considera “el poema más bello de la literatura española”, juicio con el que coincidimos plenamente, y que no es otro que las *Coplas* dedicadas por Jorge Manrique a la muerte de su padre, don Rodrigo. Difícil hallar expresión del luto más sobrecogedora que la que encierran sus versos. Esa rememoración de la vida, del placer, conduce ineluctablemente al dolor. Del mismo modo, en los propios poemas de Luis Alberto que nos ha traído a su discurso se advierten, nítidas o a veces veladas, las marcas que el dolor ha ido depositando en su rica y dilatada experiencia vital. Y aunque la muerte aceche “al otro lado del espejo”, siempre late en sus poemas la sospecha de que vivir no ha sido ni será nunca en vano: ese “harto consuelo” con el que concluye Manrique su intemporal elegía.

Decía Claudio Rodríguez, en un verso memorable dedicado a la figura de una de las hilanderas del célebre cuadro de Velázquez, que “tanta serenidad es ya dolor”. Desde otra perspectiva bien distinta que la del sevillano, pintores como Brueghel El Viejo, El Bosco o Picasso con el *Guernica* han sabido plasmar en sus lienzos la sombra terrible del dolor, lo mismo que hizo Dante en su inmortal *Comedia*. Lorca y Miguel Hernández, en sus respectivas elegías, elevaron conmovedores monumentos líricos al dolor, como también lo hicieron Dámaso Alonso con *Hijos de la ira* o José Luis Hidalgo con *Los muertos*. Afirmó Hölderlin que “sólo merecen el nombre de arte las obras capaces de expresar la experiencia del dolor”. Fiel a esa idea, nuestro poeta ha expuesto hoy en esta tribuna que no es posible vivir sin dolor, ni alcanzar la plena manifestación de la vivencia sin haberlo conocido. Por fortuna, la vida también nos reserva, de cuando en cuando, momentos de intensa alegría, como la que hoy experimentamos al recibir a Luis Alberto de Cuenca en esta corporación.

Hace treinta y cinco años que vengo leyendo sus libros. Referirme aquí a su extensa producción literaria o a los hitos que señalan su reconocida trayectoria académica o de gestión cultural nos llevaría un tiempo considerable, pero no puedo sustraerme al impulso de trazar unas sucintas pinceladas acerca de la poesía de nuestro flamante académico, persona de cultura enciclopédica y de saberes tan amplios y eclécticos que lo singularizan en el panorama literario español. Creo no equivocarme al afirmar que, por encima de su admirable erudición, Luis Alberto de Cuenca es ante todo un poeta, un espléndido poeta. Basta asomarse al volumen titulado *Los mundos y los días* (2012), que recoge su poesía escrita entre 1970 y 2005, para percibir la confluencia de tradiciones poéticas que alimentan sus versos, desde la clásica greco-latina, que él conoce como pocos, hasta la más moder-

na lírica del último siglo, pasando por la poesía trovadoresca, la renacentista, la barroca, la neoclásica, la romántica, la simbolista y la modernista. Su poesía, de impecable factura, mira al clasicismo pero se asienta en la modernidad. Se ha dicho de él que es un poeta postmoderno y de “línea clara”, aunque cualquier apelativo se nos antoja pobre a la hora de calificar una poesía tan fértil en registros, culta sin caer en la ostentación manierista, tan de hoy mismo como de siempre, surcada tanto por la ironía y el humor como por el dolor y la melancolía, por el amor como por el desamor, y, en definitiva, por la vida que se afirma frente a la muerte. Los intercambiables rostros de la cultura y del acontecer cotidiano se suceden y se confunden en los poemas de Luis Alberto de Cuenca para intensificar nuestra propia experiencia intelectual, para enriquecer nuestra aventura vital, aunque sin perder nunca de vista el dolor que acecha agazapado o la línea roja que sellará nuestro horizonte. Quizá no sería descaminado sugerir que es “un grito de angustia y soledad”, como él mismo anota, lo que lo impele a la escritura poética para no morir en la desazón de los sucesivos días sin historia.

En más de una ocasión nuestro académico ha reconocido que sin la temprana lectura de las obras de Shakespeare sería otro hombre. Conozco personalmente a Luis Alberto de Cuenca desde hace tres décadas y puedo afirmar que sin el estímulo de su amistad, sin el deslumbramiento permanente de su poesía, sin los gozosos descubrimientos que sus traducciones nos procuran y sin la amena lucidez de sus ensayos y artículos, tampoco quien les habla sería el mismo. Recibirlo hoy en este Paraninfo universitario como nuevo integrante de la Academia de Buenas Letras de Granada es un acontecimiento que dignifica a nuestra institución.

Muchas gracias.

Este discurso, editado por la
Academia de Buenas Letras de Granada,
se acabó de imprimir en Granada
el 15 de octubre de 2012,
día de su lectura pública y
CXI aniversario del nacimiento
de Enrique Jardiel Poncela,
autor de *Amor se escribe sin hache*,
en los Talleres de la Gráfica S. C. And.,
estando al cuidado de la edición
el Ilmo. Sr. D. José Rienda,
Bibliotecario de la Academia.

Granada,
MMXII

